

Dios sale al encuentro del hombre

Abre los ojos a la misión

Cuando era seminarista leí con interés el libro de Martín Descalzo "un cura se confiesa"... Creo que yo también debo confesarme. Dios ha sido, no digo excesivamente, pero sí divinamente paciente conmigo. Claro que quería ser misionero y misionero de África, pero a mi manera: haciendo muchas cosas y siendo admirado por los africanos.

Mi primera época fue la más larga. Quería a los africanos y me sentía querido por ellos. Era fácil realizarse de una cierta manera en este mundo idílico africano hecho de sonrisas y de encuentros humanos. Pero con mucha delicadeza y a veces con menos delicadeza fueron introduciendo poco a poco una duda en mí: ¿no me estaba rebuscando a mí mismo en todo lo que hacía? Pero la duda no encontraba la respuesta porque el éxito humano lo revestía con hábitos de verdad... Y como tenía éxito me parecía que la duda no tenía sentido en mi vida.

Pero Dios me esperaba para hablarme al corazón. Tenía ya 57 años. Estaba en unos ejercicios espirituales en Jerusalén. Vi con claridad que Dios me amaba tiernamente

desde siempre a pesar de todas mis vanidades y pequeñeces. Dios era amor gratuito. Esto me inundó de gozo. Era una experiencia que no me esperaba. Para que el hombre sea feliz lo que necesita es ser consciente del amor de Dios. Esta debía ser mi nueva misión. Era como un renacer para otra misión. Enseñar el amor de Dios desde el amor recibido. Pero estaba claro que esta experiencia no iba a liberarme de mis vanidades y pequeñeces. Esta conciencia de mi debilidad debía acercarme a mis hermanos que también tenían sus debilidades. Y Dios me trazó un camino inesperado de conversión.

Mi primer destino fue la guerra cruel y fratricida entre 1993 y 1995. La pregunta estaba clara: ¿De qué nos servía haber construido escuelas y dispensarios si eran destruidos por la guerra? Delante de los dos cadáveres que vi arrastrados por el río Ruvubu me pregunté: ¿Hemos dado suficiente espacio para predicar el amor fraterno? Después Dios me condujo con los refugiados burundeses en Tanzania. Aprendí mucho a su lado. En ese lugar de sufrimiento es donde tuve la experiencia de una fecundidad espiritual inesperada. Fue una experiencia breve donde Dios hablaba muy fuerte en medio de los que sufrían de sentirse como abandonados por todos.



Dios me abrió las puertas de Burundi. Empecé una nueva andadura misionera y burundesa a tres bandas: la prensa, la parroquia y las obras de misericordia. Se vivía una situación muy dura de conflicto y división. La prensa era para mí el lugar de una catequesis que debía irradiar esperanza y optimismo desde un Dios Padre que los ama. En la parroquia fue quizás el lugar donde tuve la mejor experiencia de Dios actuando en el pueblo burundés. La gente estaba harta de sufrimiento y de mentira. Necesitaban otro lenguaje: el del amor y el del perdón. Y ese lenguaje lo encontré en Jesús de Nazaret. Y la gente miró a Dios esperanzada buscando su perdón generoso. Era Dios mismo el que les hablaba y poco a poco Kanyosha reventando todos los cál-

culos se llenó de gente que vivía con gozo su re-encuentro con Dios. ¿Cómo explicar que en 6 años una iglesia de 180 metros cuadrados tuvimos que agrandarla 5 veces hasta llegar a la iglesia actual de mil metros cuadrados? Era la obra de Dios. Querían sacerdotes viviendo entre ellos que les recuerden el amor de Dios y la misericordia con los hombres. Y se vivió un día de mucha misericordia en una situación de carencia. Los cristianos contribuyeron con 320.000 fr. para que los pobres niños y ancianos recibieran un gesto de misericordia. He visto una parroquia fervorosa y feliz de encontrarse con el Dios fuente de gozo y paz.

P. Germán Arconada,
M. Áfr.

Siente la misión

en tu corazón

Este misionero hace ver como cuando se está lleno del amor de Dios se hacen los signos y las obras de Dios; y es que hay mucho aún por hacer para que se manifieste cada vez con más claridad el reino de Dios en este mundo. Ya Jesús envió a sus discípulos para que con su labor aportaran su granito de arena, consciente de que la misión es algo que nunca podemos dar por concluido:

Jesús recorría todos los pueblos y aldeas enseñando en las sinagogas de cada lugar. Anunciaba la buena noticia del reino y curaba toda clase de enfermedades y dolencias. Viendo a la gente, sentía compasión, porque estaban angustiados y desvalidos como ovejas que no tienen pastor. Dijo entonces a sus discípulos:

– Ciertamente la mies es mucha, pero los obreros son pocos. Por eso, pedid al Dueño de la mies que mande obreros a recogerla. Jesús llamó a sus doce discípulos y les dio autoridad para expulsar a los espíritus impuros y para curar toda clase de enfermedades y dolencias.

Jesús envió a estos doce con las siguientes

instrucciones:

– No os dirijáis a las regiones de los paganos ni entréis en los pueblos de Samaria; id más bien a las ovejas perdidas del pueblo de Israel. Id y anunciad que el reino de los cielos está cerca. Sanad a los enfermos, resucitad a los muertos, limpiad de su enfermedad a los leprosos y expulsad a los demonios. Gratis habéis recibido este poder: dadlo gratis. **(Mt 9, 35-38, 10, 1.5-8)**

Es misión de la Iglesia en todo tiempo y lugar hacer cada vez más presente el reino de Dios entre todas las personas y pueblos; es su obligación inexcusable y su derecho irrenunciable porque parte de la fe en Jesucristo. Todo cristiano debe contribuir a su manera a que se manifieste:

“Dios rico en misericordia es el que

Jesucristo nos ha revelado como Padre; cabalmente su Hijo, en sí mismo, nos lo ha manifestado y nos lo ha hecho conocer”. Escribía esto al comienzo de la Encíclica *Dives in Misericordia*, mostrando cómo Cristo es la revelación y la encarnación de la misericordia del Padre. La salvación consiste en creer y acoger el misterio del Padre y de su amor, que se manifiesta y se da en Jesús mediante el Espíritu. Así se cumple el Reino de Dios, preparado ya por la Antigua Alianza, llevado a cabo por Cristo y en Cristo, y anunciado a todas las gentes por la Iglesia, que se esfuerza y ora para que llegue a su plenitud de modo perfecto y definitivo. **(RMi 12)**

Y tú, ¿qué piensas?

- Los misioneros hacen muchos gestos de la presencia de Jesús entre los hombres, ¿cuáles te parecen más importantes?
- Esos gestos ¿cómo pueden ser transparencia del amor de Dios que se nos da en Cristo?
- ¿Cómo hacer para que tu grupo, tu comunidad o parroquia sea un signo del amor de Dios que atraiga a los más alejados?



Otro día más en el paraíso



A Mbabane le despertó un insolente rayo de sol que le quemaba la cara como quemaba la arena del desierto en su Sudán natal. Abrió los ojos y echó un vistazo a su alrededor: ni el paisaje se correspondía con el de su tierra, ni el puente que le servía de cobijo, con su choza. Cerró los ojos de nuevo y, al hacerlo, todas las vicisitudes por las que había pasado para llegar a aquella "tierra prometida" en la que se encontraba, se pegaron a sus párpados como dos pesadas losas.

Brillaba el sol casi tan fuerte como en su país y Mbabane se había sentido reconfortado. El idioma, le iba resultando cada vez más familiar y se iba dando cuenta de que recordaba las canciones que le cantaba la monja del orfanato en aquella extraña lengua que raspaba un poco, pero que a él le gustaba tanto. Un día le pidió que le enseñara a hablar como ella. De aquello hacía ya muchos años; tantos, que pensó que ya habría olvidado aquel idioma. Pero se equivocaba. Entendía a los niños que jugaban en el parque. Entendía a los ancianos sentados a su lado contándose la

vida y la muerte. Entonces supo que él tenía razón, que había elegido el país adecuado para su obligada emigración. Un país para vivir y, si hacía falta, para morir. Todo menos continuar viendo como el desierto se comía sus tierras, como sus animales morían de sed y su pequeño hijo de hambre. El día que él murió fue cuando tomó la decisión. Y ahora estaba allí y comprobaba que las cosas no eran como había soñado. Dormía bajo un puente todas las noches, no encontraba trabajo por ser extranjero y no tener papeles, y no tenía papeles por ser extranjero y no tener trabajo. Ni siquiera conociendo el idioma era capaz de entender ese contrasentido.

¿Cómo crees que se puede hacer para que nuestro mundo sea de verdad un paraíso para todos?

Mbabane se dejó acariciar un rato más por el rayo de sol, tendido todavía bajo el puente, y luego espantó sus pensamientos como quien espanta una mosca molesta e, incorporándose, recogió sus cosas y comenzó a caminar. La ciudad le recibió con la misma hostilidad con la que albergaba al resto de sus habitantes, pero Mbabane no le prestó atención porque él, de hostilidades, sabía mucho y, aquellas, no eran peores que otras que había sufrido ya a lo largo de su vida.

Avanzó despacio por las calles, sin prisa y sin esperanza, como avanzan todos los desarraigados del mundo, y se adentró en un parque frondoso y lleno de niños. Las risas infantiles eran como un bálsamo para sus heridas y le reconfortaba oírlos. Se sentó en un banco a verlos jugar.

Una pelota rodó a sus pies y Mbabane la cogió. Tras ella apareció una cabeza rubia de inmensos ojos verdes que le extendió las manos para recuperarla. Mbabane dibujó una sonrisa en su rostro oscuro y la blancura de sus dientes iluminó su cara. El niño tomó la pelota regocijado y volvió al grupo de amigos con el que jugaba. Mbabane le siguió con la vista recordando a su pequeño, aquel niño de ojos tristes, que nunca había tenido ni vitalidad, ni, mucho menos, una pelota. Tras un rato mirando la escena, levantó los ojos al cielo. Pensó que, antes de que la noche empezara a caer de nuevo, lenta, pero inexorablemente, tendría que ponerse otra vez a buscar trabajo y dónde dormir. Se levantó del banco, cogió su petate y comenzó a andar.

Había comenzado otro día más en el paraíso.

Concha Fernández González

Manos a la obra:



compromiso misionero

	Objetivo	SUGERENCIAS
Información	Profundizar en la vida y tarea de los misioneros	<ul style="list-style-type: none">■ Informarse de la situación social y de la Iglesia en África (ver la sección "País a país" de la revista <i>Supergesto</i> o "Iglesia a fondo" de la revista <i>Misioneros</i>)■ Escribir cartas de felicitación a los misioneros de la Diócesis y enviárselas■ Confeccionar un "belén misionero": presencia de los misioneros diocesanos en el mundo y labor que realizan■ Video-forum: <i>Entre ríos y sabanas</i> de la colección de las OMP■ Conocer el carisma misionero de alguna congregación (ayudarse de la sección "Carismas" de la revista <i>Misioneros</i>)
Formación	Conocer algunas facetas del Reino de Dios que hacen realidad los misioneros	<ul style="list-style-type: none">■ Profundizar en los rasgos misioneros del pasaje de los Reyes Magos (puede ayudar ver el <i>Itinerario misionero para jóvenes</i> del curso 2004/05)■ Leer y comentar los números 541-553 del Catecismo de la Iglesia Católica■ Trabajar el tema 1, "La misión en los horizontes del Reino", de la carpeta número 5 de las carpetas de Formación de Animadores Misioneros editadas por las OMP■ Video-forum: <i>Dos mil años de misión</i> de la colección de las OMP■ Reflexionar sobre la "Hagiografía" del número de la revista <i>Supergesto</i> de noviembre-diciembre
Cooperación	Colaborar en actividades solidarias durante el tiempo de Navidad	<ul style="list-style-type: none">■ Participar en la "Operación Kilo" que se hace en muchas Parroquias■ Leer el reportaje "País a país" de la revista <i>Supergesto</i> o el "Informe" de la revista <i>Misioneros</i> y comentar posibles acciones de cooperación misionera que podrían llevar a cabo los misioneros de esos lugares■ Hacer una campaña de sensibilización para hacer regalos a los misioneros: medicinas, biblias, catecismos, material escolar, etc. Informarse en la Delegación de Misiones qué necesitan y cómo se pueden enviar

¡Somos misioneros!

- Exponer en la Iglesia el "Belén misionero" y explicar quiénes son, de dónde provienen y qué hacen los misioneros
- Ayudar a los inmigrantes de la parroquia a sentir la cercanía de Dios: organizar una fiesta de Navidad con ellos, ayudarles en lo que necesiten, ofrecerles compañía, cariño, etc.

